

EDUARDO MALLEA

Historia de una pasión argentina

por **Miguel Vendramin**

Eduardo Mallea fue, sin dudas, uno de los más destacados escritores argentinos. Lo conocí en los últimos años de su vida, poco antes de que comenzara a envolverlo un gran silencio quebrado tan sólo por la publicación, en 1974, de *Los Papeles Privados* y, pocos meses antes de su muerte, en noviembre de 1982, de *La Mancha en el Mármol*, que reúne varias narraciones escritas en fechas diversas.

Mallea era reacio a las entrevistas. Prefería remitirse a su obra —"He escrito tanto y he olvidado tanto lo que he escrito", solía afirmar—, una obra muy vasta que fue creciendo desde la aparición de *Cuentos para una Inglesa Desesperada*, su primer libro, editado en 1926, el mismo año en que Ricardo Güiraldes publica *Don Segundo Sombra*, uno de nuestros clásicos. Durante ese largo medio siglo Mallea escribió más de una treintena de libros —novelas, cuentos, ensayos, dos obras de teatro— varios de ellos traducidos a otros idiomas.

Conocí a Eduardo Mallea gracias a Patricio Gannon, erudito escritor argentino de ascendencia irlandesa que en su libro *En los Pasos de Pausanias* nos dio, desde la leve aliteración del título, la clave de su amor por la métrica inglesa y por el mundo antiguo. Se realizaba en aquellos días una exposición de libros en la calle Florida, a la que habían concurrido ambos escritores. Mallea me invitó a que lo visitase. Tiempo después fui a su casa. Esa primera visita fue motivo de otras. Quienes lo han conocido no podrán olvidar su cortesía, que era —como escribiera Borges refiriéndose a Güiraldes— "la no buscada, la primera forma de su bondad". Tenía la elegancia del gesto y de la palabra: sabía no sólo hablar sino también escuchar. Y es, recordándolo a cien años de la publicación de sus *Cuentos para una inglesa desesperada*, que transcribo este reportaje.

Mallea me ha recibido en su casa hacia las últimas horas de la tarde. Luego de cruzar un vestíbulo en el que hay un retrato al óleo del novelista, he pasado a un salón cuyas paredes están cubiertas de libros. Varias lámparas ponen un remanso de luz en la semi

penumbra, pequeñas islas de sosiego aptas para la conversación o la lectura. Unos instantes después, puntualísimo, entra Eduardo Mallea. Es alto, de pelo casi blanco que enmarca un rostro en el que se destacan los ojos oscuros, brillantes. Nos sentamos de espaldas a un amplio ventanal. En el extremo opuesto, una puerta doble comunica la sala con el resto de la casa. Sobre una mesa de arrimo se ve una foto de Ortega y Gasset, autografiada, en un marco de plata.

— Comencemos por el principio. ¿Dónde nació usted?

—Nací en Bahía Blanca en 1903, una ciudad del sur argentino que mira hacia el Atlántico y que se abre en varios puertos. En esa ciudad austral, en sus alrededores, he situado tácita o abiertamente varias de mis novelas. Lo he contado y lo he escrito ya muchas veces. Me place contarlo una vez más porque se trata de la parte del país que más quiero, del país de mi infancia. La ciudad albergaba por entonces una burguesía floreciente: médicos, abogados, consignatarios, exportadores, cerealistas, y las viejas familias provinciales.

—¿De dónde era su familia?

—Mis antepasados pertenecían a una de esas viejas familias provinciales, en este caso de San Juan. Uno de ellos, don Juan Eugenio de Mallea, un hidalgo español, fue alférez real en San Juan, donde habría de nacer mi padre. Sarmiento habla de esto en *Recuerdos de Provincia*.

—Y sus padres, ¿cómo eran?

—Mi padre era médico. Había venido de la ciudad de San Juan a Buenos Aires, donde se graduó. Mi madre, hija de vascos españoles —los Aztiria— dueños de campos en la provincia de Buenos Aires, conoció en Azul a mi padre que fue su profesor, y tiempo después su marido. Mi padre tenía una pasión intelectual a la que nada le era ajeno. De él aprendí a comprender la historia humana —ese eco inmortal— y, también, el dolor tangible de la condición humana —ese eco mortal. Yo le escuchaba hablar de nuestra historia nacional y de los hombres que había conocido: Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Bernardo de Irigoyen, Pellegrini, Roca, preocupado por el país —el nuestro— y por la actividad pública de sus hombres. Años después, yo escribiría *Conocimiento y Expresión de la Argentina e Historia de una Pasión Argentina*, cuyos orígenes, cuya idea primigenia, están sin duda en esas conversaciones en el pasado y en esa preocupación. La escribí hace más de cuarenta años, con pasión, con vehemencia y con dolor vivo, con la esperanza de que fuera leída con la misma pasión y el mismo dolor.

— ¿Qué libros han tenido más influencia sobre usted?

—No he pasado nunca por ningún libro sin que el libro transformara en mí algo. Esto, sin dudas, nos ocurre a todos. En una lectura nos dicen una cosa; en otra, a veces mucho después, otra distinta. ¿Cuáles han tenido más influencia en mí...? En realidad, son muchos: Cervantes y la novela picaresca española. Balzac y los maestros de la novela filosófica; Flaubert, sobre todo el de la *Correspondencia*; algunos escritores ingleses y, desde luego, el Dostoievsky de *Los Hermanos Karamazov* y *La Muerte de Iván Ilich* de León Tolstoi...

Mallea interrumpe el diálogo. Alguien ha dejado sobre una mesita una bandeja con bebidas. Acepto una copa. El, para tonificar su baja presión, opta por un whisky.

Mientras sirve lo observo. De perfil conserva cierto parecido con el retrato que le hiciera años atrás Elizabeth Wrede, dibujo que he visto en algún lado y que en mi recuerdo se parece —seguramente sin razón ni motivo— a un Alberto Moravia joven, el escritor italiano, a quien Mallea admira.

—¿Cuál es en definitiva la misión de un escritor?

Permanece pensativo unos segundos mientras observa con aire ausente su vaso de cristal tallado.

—Se ha escrito y se ha dicho tanto sobre eso... Yo creo que cada escritor tiene una misión que le es propia. La mía es crear un mundo con sus conflictos y sus armonías, sus discordias y sus resoluciones, un mundo que me justifica y que al mismo tiempo justifico: ser la voz de esos seres silenciosos que lo pueblan -trágicos solitarios- que no desean sino expresarse. No aspiro a probar nada, y sin embargo ningún escritor auténtico deja de probar. Lo he dicho ya en otros lados. Permítame que lo repita: El “vocablo justo” de Flaubert deja de ser justo en cuanto lo abandona la idea suprema. Sin idea suprema no hay obra ni gran literatura.

—Esa gran literatura, ¿a quién está dirigida? ¿A los intelectuales o al pueblo?

—Toda literatura tiene sus destinatarios naturales. Esa admirable escritora que fue Simone Weil lo ha dicho de manera rotunda: las obras de segundo orden convienen generalmente más a una **élite**, y las grandes obras, las obras de primer orden, convienen más al pueblo. Todo consiste en saber presentarlas, es decir **traducirlas**. Ponía como ejemplo la clase obrera: lo único que tiene es su trabajo. ¿No puede entonces comprender mejor que nadie la angustia con que Filoctetes —a quien le han quitado el arco— contempla sus manos vacías, o que Electra tiene hambre?

—¿Cómo le gustaría que se lo definiera?

—Como un hombre que ha hecho realidad un sueño de muchacho: ser escritor. Como alguien que ha luchado toda su vida por expresar ese mundo que lleva dentro de sí y que lo habita. No sé si lo he logrado. No sé si lo lograré.

—¿Qué es lo que más le interesa en sus cuentos, en sus novelas, la acción o los conflictos?

—Los conflictos, sin duda alguna. La soledad irrecusable de Ágata Cruz, protagonista de *Todo Verdor Perecerá* ; el mutismo —otra forma de soledad— de *Chaves*; el secreto mundo de ternura filial de Adhemar, personaje de *La Barca de Hielo*, me importan más que la acción de esas novelas mías. Pondré otro ejemplo: ¿Recuerda usted la confesión de Levin en *Anna Karenina*? ¿Qué importa más, el hecho en sí, la **acción**, o la lucha de ese hombre descreído, es decir, el **conflicto**? Levin sabe que si no se confiesa, si no obtiene ese papel que certifica que ha cumplido con el rito, perderá lo que más desea: casarse con la mujer amada.

Le comento que sus libros tienen, a mi juicio, los títulos más poéticos de la literatura argentina contemporánea. Mallea sonrío complacido. Agregó que me resulta difícil pensar en Buenos Aires sin recurrir a esa otra imagen: *La Ciudad Junto al Río Inmóvil*, título de uno de sus primeros libros. Esta mención, me lleva a preguntarle acerca de las traducciones.

— ¿Qué obras tuyas han sido traducidas? ¿Quiénes fueron sus traductores?

—He tenido la suerte no sólo de ser traducido a diversos idiomas sino también la de haber contado con excelentes traductores, algunos de ellos grandes escritores a su vez, como Attilio Dabini y Gherardo Marone. Fue Dabini, excelente novelista italiano que vive desde hace años entre nosotros, quien tradujo por primera vez, en 1939, uno de mis libros: *La Ciudad Junto al Río Inmóvil*. Antes, en 1933, Georges Pillement había hecho lo propio con mi cuento *El Capitán*, que incluyó en su antología *Les Conteurs Hispano-Américains*. Luego, en 1942, Houghton Mifflin Company, de Boston, publicó *Fiesta en Noviembre* en versión inglesa de Alis de Sola, incluida en la antología *Stories From Latin America*. Después vinieron otras traducciones.

Mallea omite decir, quizá por modestia, que es a partir de 1950 —cuando el voto de Ernest Hemingway le vale su inclusión en la antología de *Dial Press* — que sus traducciones se multiplican. No sólo es traducido al italiano, francés y sueco, sino también al inglés y al alemán, a cargo de traductores del prestigio de Harriet de Onís, Mario Puccini, John R Hughes, Martin Rogberg, Werner Bock y otros. En 1966, Alfred Knopf, de Nueva York, publica un grueso volumen que contiene varias de sus novelas y

cuentos. Ese mismo año aparece en París, editado por Gallimard, *Chaves*. En fecha más reciente Grasset publica *La Barca de Hielo* y Verlagshandlung, de Munich, *Todo Verdor Perecerá, La Bahía de Silencio y Chaves*.

¿Cuáles son los escritores latinoamericanos que usted admira?

—La literatura argentina actual, en conjunto, es la más notable, rica e inteligente, dentro de las diversas literaturas latinoamericanas. Tenemos algunos narradores de calidad universal —comenzando por Borges— lo que es mucho para un país joven como el nuestro. En cuanto a los escritores latinoamericanos que admiro son el cubano Alejo Carpentier, el mejicano Juan Rulfo y Joao Guimaraes Rosa, de Brasil, —a mi juicio el único novelista verdaderamente grande de los nuevos hispanoamericanos.

* * *

En 1951, cuando murió André Gide, Eduardo Mallea escribió lo siguiente: "Ahora que ha muerto lo veo más claramente que antes. Lo más importante y lo menos equívoco de aquello en que creía, era el mundo de la literatura (...) lo hallaba vasto y concreto; y todo lo que quedaba fuera de ese mundo puro y radiante le parecía restringido e indeterminado." Y concluía diciendo: "Él había aprendido a creer. Creía en todo lo que se expresa elevado a una norma de equilibrio, inteligencia, belleza y solidez. Creía en lo que el hombre inventa, en lo que arranca de la sombra ejercitando lo mejor que tiene, o sea su poder de candor y poesía. Y por haber creído en él así, ese mundo era para él real y venía a imponerse, sin miedos ni prevaricaciones, sobre este mundo de temor y prevaricación". (*Notas de un Novelista*, 1954).

Quizás la muerte silenciosa de Mallea —como la de tantos otros argentinos, en ese aciago 1982— sea el símbolo de un país mejor que estamos a punto de descubrir.